Las memorias tienen olor y sonido

HELLEN SARAHI CABANILLAS LEYVA

¿A qué huele la infancia?

Supongo que depende de la infancia que cada quien haya vivido. La mía huele a pueblo.



A pan recién salido del horno de piedra, ese que mi abuela compraba al amanecer, aún caliente, envuelto en servilletas bordadas. Huele a tierra mojada, cuando las primeras gotas de lluvia caían sobre el suelo reseco y el aroma subía como un suspiro antiguo. Huele a zacate recién cortado, a leche tibia, a leña encendida en cocinas donde siempre había algo hirviendo.

Recuerdo caminar descalza por el patio, con los pies llenos de tierra y el aire cargado de vida. Había una mezcla de olores que hoy serían imposibles de explicar con precisión, pero que mi cuerpo reconoce como hogar.

Cada uno de esos aromas me devuelve a un momento, a una escena, a una emoción. A veces me basta abrir un frasco de canela o pasar por una panadería para volver, por un instante, a ser esa niña que no sabía nada del dolor ni de las ausencias. Me invade una nostalgia tibia, como un abrazo desde el pasado. Como si la infancia estuviera escondida entre los sentidos, esperando un olor conocido para despertar.

Aún recuerdo cuando mis amigos de la primaria me preguntaban qué haría el fin de semana. Yo siempre respondía: —Voy a ir a Pericos.

Mis amigos me miraban confundidos: —¿Pericos? ¿Qué es eso?

Y ahí comprendía que no conocían más allá de Culiacán. Solo podía decirles que era el pueblo de donde es mi familia. Ellos seguían hablando de sus planes y yo pensaba: —¿Por qué nadie conoce Pericos? ¿Será que no saben de su existencia o simplemente no saben dónde queda?



Pero para mí, Pericos es todo. Es el pueblo que me vio crecer. El mismo que vio crecer a mis padres, a mis abuelos, a mis tíos.

Vengo de una familia grande. Por parte de mi papá, mi abuela tuvo diez hijos: nueve tíos en total, siendo la mayor mi tía Paty y el menor, mi papá. Por el lado materno, mi abuela tuvo cinco hijos: mi tío Enrique, el mayor y mi mamá, la menor. Aunque no convivo mucho con mis tíos maternos, los quiero. Siempre los he querido.

Tengo recuerdos vagos de cuando era niña, pero para eso están las fotos y las historias que mi familia repite con cariño. Como aquella vez que, enojada por el ruido que no me dejaba escuchar las cartas de la lotería, grité:

—¡Cállense todos... pollo asado!

Desde entonces, esa frase quedó grabada como una burla amorosa en mi familia. Y es que en mi casa, hacer carrilla es una forma de querernos. Recuerdo los olores y sonidos de mi infancia con tanta claridad: el pan horneado, el piloncillo derritiéndose, la tierra mojada, el garbanzo recién cortado en diciembre, el aroma a flores el Día de Muertos, el murmullo de la gente platicando, la banda en las fiestas y velorios, los niños jugando en la calle, el sonido de los trazos, el ulular de las sirenas que anunciaban desfiles o carnavales.

Cómo olvidar el olor a leña quemándose cuando había fiesta. En casa amaban cocinar en el hornillo: barbacoa, tamales, capirotada, elotes tatemados, garbanzos. Regaban la tierra del patio para aplacar el polvo y poner las mesas con decoraciones. Aunque fueran fiestas familiares, siempre había más de cinco mesas llenas. El patio era amplio y se llenaba de vida.

Papá y mis tíos se encargaban de asar la carne, mientras mis tías preparaban las salsas, el guacamole, picaban pepino y rábanos. Algunas hacían quesadillas y los más pequeños, claro, éramos enviados a bañarnos. Éramos felices. Lo supe entonces y lo sé aún más ahora. Y pienso que tal vez por eso algunas despedidas duelen más, porque dejan la casa vacía no solo de personas, sino de olores.

Porque cuando mamá ya no volvió a casa, no solo se fue ella: también se fue el aroma de su perfume en las sábanas, el olor a café recién hecho en la mañana, el suavizante en la ropa colgada al sol. La casa se volvió distinta. Más fría. Más silenciosa. Más neutra.

Y cuando papá desapareció y después se fue definitivamente a Cabo, también se fue con él su olor: el de su loción, el de su sudor mezclado con el jabón de barra que usaba después de bañarse. Todo eso que, sin saberlo, me hacía sentir que alguien me cuidaba.



Cómo olvidar cuando desapareció ese olor. Ese olor peculiar que me recordaba a mi tío, que ya no está. El de su perfume, tan particular y la suavidad de su voz, que se esfumó sin previo aviso. A veces aún cierro los ojos y trato de recordar su risa, su saludo, pero todo eso parece desvanecerse como humo que se disuelve en el aire.
La memoria, caprichosa, me hace perder esos rastros y me deja con un vacío que solo el tiempo puede llenar. Hoy entiendo que los recuerdos se guardan en el cuerpo. Y que, aunque a veces la memoria falle, hay olores que nos devuelven la historia.

A mí todavía me basta el olor a tierra mojada para recordar quién fui.

Aún recuerdo el olor de las flores en el panteón. A ese lugar vamos cada 2 de noviembre a visitar a nuestros seres queridos. Ahí descansan mi abuelo, uno de sus hijos y uno de sus nietos. Quién diría que la vida se los llevaría tan rápido.

De mi primo recuerdo el olor a cigarro, el perfume, la cerveza que nunca faltaba. De mi tío, el perfume y el aroma de sus medicamentos, constantes en su lucha. Pero de mi abuelo no tengo más que lo que me han contado. Murió cuando mi papá aún era un niño. Nunca lo conocí. Nunca supe a qué olía. Solo vive en las palabras y los silencios de quienes lo amaron.

Como si el alma también respirara por la nariz.